

en base a cartones desechados. La materia prima prístina que confluía en la materialidad sublime del libro es sustituida por una materia residual. Esto habilita una baja del costo del libro cartonero en relación con el promedio de los libros, accesibles, únicamente, para un reducido porcentaje de la sociedad en la Argentina de fin de siglo. La autora propone que este gesto, inscrito en la materialidad de los libros cartoneros, introduce una extrañeza inquietante en la que se dignifica la escasez de recursos de la pobreza, ampliando la circulación de jóvenes autores latinoamericanos. Mediante el mismo mecanismo de inversión, la literatura de Cucurto invita al lector a conocer la cultura de los inmigrantes internos y externos del gran Buenos Aires, a la cadencia y el ritmo de la cumbia villera, comúnmente blanco de denigraciones y motivo de vergüenza para los bonaerenses.

En suma, *Lo siniestro se sigue riendo* ofrece una lúcida interpretación de la literatura de César Aira, Osvaldo Lamborghini y Arturo Carrera, y de la producción cultural poscrisis 2001 en la Argentina. Su clave interpretativa se destaca al proponer la noción freudiana de lo siniestro como vía regia a los núcleos ideológicos de la realidad en la que se inscribe la producción cultural trabada. La relevancia otorgada por Ros a lo siniestro, como concepto crítico para el análisis literario, es análoga a la preponderancia que Eugenio Tóris confiere a lo siniestro como último criterio configurador de la sensibilidad artística en la Modernidad, centrados en las artes plásticas y la música. Donde hallábamos lo sublime, adquiere cada vez mayor

importancia lo siniestro como recurso artístico y literario que interpela al sujeto en su fuero íntimo, poniendo en cuestión aspectos ideológicos constitutivos de la propia subjetividad, pero comúnmente percibidos como lejanos, ajenos y amenazantes.

*Joaquín Venturini Corbellini*  
Universidad de la República

**Javier Morales Mena. *La representación de la literatura en la ensayística de Mario Vargas Llosa*. Buenos Aires: Katatay, 2019. 172 pp.**

El libro de Javier Morales Mena es un desafío para la crítica latinoamericana del presente. Y lo es por partida doble: por un lado, porque pretende, con justicia, hacer visible el género menos estudiado, menos atendido y menos apreciado de Mario Vargas Llosa: el ensayo; y, por otro, porque lo que (se) propone indagar en la ensayística vargasllosiana es la pregunta por la literatura que, como sabemos, no ha podido ser sustraída de los obsesivos y por cierto compulsivos funerales que ha decretado con frecuencia la Teoría literaria durante el siglo XX. Es una pregunta que, como todas las que se ocupan de declarar la muerte ya sea al sujeto, ya al autor o incluso al hombre mismo —como lo hiciera Foucault al final de su imprescindible *Las palabras y las cosas*— habilitan el debate sobre la posibilidad de su propia inexistencia. Desafío que es, también, en el fondo, una paradoja, pues ésta se halla en el corazón de este libro en un momento histórico

en que se ha decretado su fin o mejor: su final de juego, como si derivara indefectiblemente hacia una fecha de caducidad en el maremágnum de la post- o la trans-modernidad. Por eso, sería una paradoja de alto riesgo porque es menos la que atañe al libro que la que alcanza al mismísimo autor, quien, disponiéndose a hacer un trabajo crítico sobre el ensayo de Vargas Llosa, no se distrae del conflicto que lo atraviesa: si consigue o no alcanzar la literatura su propio estatuto ontológico en los debates del presente, puesto que es, desde la noción benjaminiana de “ahoridad” que todo el libro se sostiene como análisis: no solo luchar contra la crítica (o más acertado será decir contra los críticos) que ha dejado a un costado la ensayística de Vargas Llosa, sino agregar encima un problema no menor, esto es, resolver nada menos que la tan mentada (tan mentida) cuestión de la muerte de la literatura.

Entre los teóricos más eminentes citados en el libro, leemos esta sentencia lapidaria de Jacques Rancière que Morales Mena transcribe en uno de los tramos más acuciantes del libro: “La literatura no existe, hablando con propiedad, más que como ficción de la literatura” (93). Tal vez esta cita nos lleve lejos y tengamos que buscar también en el ensayo como forma su carácter ficcional, una cuestión inaugurada por la teoría literaria moderna, nacida en los umbrales del Romanticismo de Jena cuando la teoría misma era concebida como literatura. Por consiguiente, como tantos otros decretos de muerte emitidos por la teoría literaria, sin olvidar la estela nietzscheana de la muerte de dios, el

trabajo crítico de Morales Mena se lleva a cabo a dos fuegos: enfrentarse de un lado a un análisis meta-crítico a partir de los estudios que la obra vargasllosiana ha generado a lo largo de varias décadas (desde la del 60) y del otro, enfrentarse con las complejidades del discurso teórico de la contemporaneidad, oscilante entre otorgar o no un estatuto ontológico a la literatura, como la cita de Rancière condensa de un modo bastante nítido si lo situamos en un horizonte histórico-cultural que rearticula los saberes de la literatura o, más exactamente, que pone en tela de juicio el potencial gnoseológico que de ella pueda emanar contra toda diagnosis de inexistencia.

No quedan dudas respecto de la tarea agónica de la crítica de Morales Mena cuando sostiene que lo silenciado por los estudios dedicados al ensayismo vargasllosiano se ha sostenido y se sigue sosteniendo sobre la falacia de que “las ideas [del autor de *Historia secreta de una novela*] no tienen un basamento teórico” (63). De allí que el autor de este libro considere fundamental insistir en interrogarse sobre la ardua cuestión de discernir acerca de los puntos de contacto de la escritura ensayística de Vargas Llosa con los postulados básicos de la teoría literaria.

De hecho, no se trata –y el autor lo sabe– de definir la literatura de un modo esencialista, sino más bien de entender que su existencia –si efectivamente se prueba que la tiene– no es otra que la condición de habla sobre la que, necesariamente, se fundamenta. De allí que Morales Mena tome el atajo más inteligente en este debate del siglo XXI respecto de los sucesivos decretos de muerte hacia

la literatura. Lo que el libro deja claro es una verdad palmaria: la literatura existe en las prerrogativas que se abren, en el sentido de acontecimiento, a la locución, esto es, a los procesos de enunciación que tienen lugar en el lenguaje, entendiendo este proceso como “experiencia radical” en términos de Rancière, para quien deviene, además, un *pathos* sagrado. La locución, que impulsa una interlocución como respuesta o como réplica, resulta la base desde la cual se le confiere existencia a la literatura. Esta interpretación, alimentada por teóricos como Rancière, Eagleton, Todorov entre otros, promueve en el libro de Morales Mena un *aggiornamento* completo de los límites de este debate al tiempo que sitúa el núcleo de su propuesta crítica en la más ostensible actualidad, ya que no es posible leer los ensayos de Vargas Llosa sin confrontarlos con los debates sobre la teoría literaria del presente y más específicamente sobre la pregunta constante acerca de la vigencia o no de la literatura.

Es menester volver una vez más a lo que consideramos la paradoja del libro: que la posibilidad de que la literatura no exista para la teoría contemporánea conviva con el firme propósito de abocarse a un estudio crítico y riguroso acerca de la concepción de la literatura que Vargas Llosa tiene o fue elaborando a lo largo de los años desde la temprana pero fundamental escritura de su tesis de bachiller en 1958 sobre Rubén Darío. Este es, precisamente, un dato significativo: el hecho de que el poeta padre del modernismo hispanoamericano y autor de los *Cantos de vida y esperanza* se encuentre justa-

mente allí en el lugar del comienzo de una escritura. Este inicio es como la marca indeleble en la escritura ensayística de Vargas Llosa que hay que descifrar. Es, como todo signo, un vector que dispara hacia un territorio significante al que será necesario otorgar sentido. Resulta, también, un emblema, un umbral que persiste en cada tramo de la escritura de Vargas Llosa. Y Morales Mena no oculta este signo al que señala de modo concreto y le da, asimismo, la justa relevancia que contiene; cabe decir que no busca mimetizarlo porque sabe que, en la contienda crítica que le espera, esto es, luchar con algunos monstruos sagrados de la crítica latinoamericana (como Ángel Rama, Antonio Cornejo Polar, José Miguel Oviedo, Mabel Moraña, entre otros) se aloja uno de los sentidos más resistentes de la obra vargasllosiana. Cabe, entonces, advertir que, tratándose, como se trata, de una pelea por el sentido, el ejercicio del saber crítico genera una doble dimensión: literatura y conocimiento. Así, el autor de este libro propone organizar en tres líneas de lectura la crítica sobre la ensayística de Vargas Llosa: la vertiente de quienes le niegan a sus ensayos el estatuto de producción de conocimiento (lo que el autor llama el “vacío epistemológico”); la de quienes piensan sus ensayos como un mero espejo, casi una práctica narcisista entre ensayo y la propia ficción —quizás descartando de entrada que no es posible la ficción en el interior del ensayo—; y la de quienes homologan las categorías vargasllosianas vertidas en sus ensayos con nociones de teóricos y pensadores del siglo XX. Estas líneas críticas desembocan por igual

en el indudable corolario de que el de Vargas Llosa es, en el mejor de los casos: o bien un ensayismo de escritor o, en el caso quizás aún más óptimo, un ensayismo de creador. La propuesta de Morales Mena (otro más de los tantos acertos) es que el ensayo no está excluido del ámbito de la literatura, vale decir, pues su estatuto es el de la literatura y no un discurso parasitario de esta última. Dicho de otro modo, este libro indaga en los procesos inventivos de la creación, pero no desactiva el firme propósito de probar que la ensayística del escritor peruano se halla estrechamente conectada con la teoría literaria. Por el camino de la invención se llega asimismo a una reflexión sobre la literatura que encuentra por fin su dimensión teórica porque, como plantea Morales Mena, “la literatura es otra forma de manifestar la razón crítica” (151). En síntesis: razón crítica pero también ficción crítica, esto es, la reivindicación del ensayo como una fábrica de producir teoría, producir reflexión, producir literatura que tienen en común un registro ficcional de complejo alcance.

La vida social incurre en la ensayística como una corriente subterránea: hable tanto de la literatura ajena como de la propia, su autonomía termina rozando las funciones que la literatura involucra. Esta observación fundamental en la medida en que se basa en la constitución de la literatura latinoamericana como parte de la historia social del continente, continúa, como trabajo crítico, el de otros críticos fundamentales, sólo para nombrar uno, como el de Rafael Gutiérrez Girardot que se ocupó de este asunto en *Temas y*

*problemas de una historia social de la literatura hispanoamericana* (1989). Digamos que la prodigalidad formal del ensayo como género es una veta no todavía indagada como amerita serlo en el marco no sólo de la literatura, sino también de la así llamada historia de las ideas. Quizás sea este cruce —en verdad una auténtica encrucijada— entre la literatura y las ideas el que hace del ensayo una matriz genérica capaz de rebasar los límites clásicos de un género sin soporte formal fijo.

Es, desde estas perspectivas atinentes tanto al género como al contenido, que Morales Mena radicaliza la vinculación literatura y vida social, en el sentido en que es expuesta la investigación crítica de Gutiérrez Girardot en su libro arriba citado, y este asimismo en correlación con otros trabajos como el escrito cinco años después, en 1994, por Antonio Cornejo Polar: *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas* (1994) y sin olvidar el libro póstumo de Ángel Rama *La ciudad letrada* que el autor cuyo libro reseñamos cita y confronta con la noción de “ciudad científica”. Es, justamente, a partir de este dilema social y cultural que Morales Mena escribe, de modo deslumbrante, una reflexión muy fructífera a la hora de pensar cómo inscribir su propio libro en la frondosa tradición de los autores-padres de nuestra crítica latinoamericana: “una situación tensional entre el escritor y la sociedad: el primero con las exigencias éticas del quehacer literario y la segunda con el imperativo de servicio al curso de la historia” (116). De todos modos, hay que reconocer que hay allí una verdad a

todas luces conflictiva (en punto de tensión) puesto que Morales Mena lleva a cabo la tarea de traducción crítica de diversas nociones que la teoría literaria ha hecho circular durante el siglo XX. Lo que nos interesa del fragmento citado es, fundamentalmente, el modo como su autor aborda tales conceptualizaciones no desatendiendo la vida social en la que se inserta el escritor latinoamericano cuando deviene exiliado, cuando no cuenta con la infraestructura suficiente para realizar su obra, ya sea por la pobreza, ya sea por serias dificultades económicas, o cuando se vuelve un escritor que extraterritorializa sus propias manifestaciones formales como ocurre con Vargas Llosa.

El ensayo que el autor de *La orgía perpetua* escribió a lo largo de décadas y que vino acompañando de manera alterna la obra de ficción, es la escritura que Morales Mena viene a defender para recuperar el infinito potencial que constituye lo que se podría llamar “el pensamiento” de Vargas Llosa entendiendo esta nominación en el sentido de aludir a una historia de las ideas en América Latina, una historia que parte de una seria reflexión sobre la literatura para vectorizar otras esferas que se hallan vinculadas al espacio literario. Por ello, cuando Morales Mena orienta la noción de vida social nada menos que hacia el campo de la historia (la esfera de lo historiográfico) está en lo cierto, quiero decir, acierta, y no importa que, después, tenga que vérselas con las contradicciones de la ideología y las incomodidades odiosas de los cambios de posicionamientos del escritor, ya que, al final de cuentas, la literatura

no se somete a la derrota de las ideas sino más bien les da pelea, pierda o gane, venza o caiga, porque en definitiva Morales Mena lo que pone a prueba no es la cuestión ideológica como parteaguas del pensamiento vargasllosiano, sino más bien (y esto es más productivo) qué hace este escritor con la literatura en relación con el mundo de las ideas, la literatura defendida a toda costa como un vasto, infinito, complejo, inconcluso espacio dialógico abierto al lector. Cabe resaltar que este libro, en varios tramos, apela a la noción de la literatura como estrategia dialógica, en la estela de Bajtín, un teórico de la literatura que obtiene en la concepción vargasllosiana un rol importante más allá de si es comprobable su conocimiento por parte del autor peruano, ya que hay ciertas ideas que se instalan con fuerza en una determinada época. Así, como muy plásticamente lo expresa Morales Mena, la literatura deviene “el espinoso objeto” que es menester repensar casi de manera constante. No es casual que el autor de este libro decida cerrarlo bajo la invocación de Cervantes como el nombre que lleva sin rodeos a la literatura y, por ende, a la lectura: es esta figura la que campea en cada página de este enjundioso estudio sobre el ensayo de Vargas Llosa.

Por lo dicho, se trata de un libro sólidamente fundamentado en el dominio de la teoría literaria y de las pautas analíticas que rigen en la institución universitaria. Pero al mismo tiempo, se nota en él la huella de otro sujeto que se superpone al de su autor: el profesor que primero ha desmenuzado la teoría y sólo después la ha vuelto asequible para

llevarla al aula –al tamaño infinito del aula– allí donde el conocimiento se elabora y se lo vuelve apto para emprender otros procesos. La figura del sujeto profesor deja sus rastros en el manejo de las ideas claras y distintas que cartesianamente se difuminan en el libro, el cual, sospechamos –es tan sólo una conjetura justificada por algunos guiños y cierta insistencia en el estilo que apela al recurso retórico de la redundancia propio del discurso pedagógico que necesita repetir y machacar aquello que no queremos que se olvide– sospechamos que se ha tenido muy presentes a los alumnos en el momento de escribir este libro, pues de continuo aparece implícitamente configurado ese auditorio de estudiantes a la espera de la palabra del profesor, a la espera también de la ordenada exposición de la clase para que nada obstaculice la comprensión de su contenido. Señalo como hipótesis estas consideraciones porque puede leerse en el libro, entre líneas, una suerte de mutua regulación discursiva de una prosa que se interna en los tembladerales posmodernos de la teoría literaria y al mismo tiempo se sopesa de modo cartesiano, esto es, un estilo que no simula ninguna entidad imaginaria ni se vuelve críptico para aparentar profundidad y que, por esta misma razón, termina ganando diversos ámbitos a los que aúna con firmeza. Me estoy refiriendo, sobre todo, a una tradición en la que se inscribe el libro de Javier Morales Mena: la del crítico latinoamericano que comparte su actividad de escritura con la que se ejerce, simultáneamente, en las aulas universitarias. Tales vasos comunicantes se retroalimentan y,

sin ir más lejos, encuentran en la tradición de críticos peruanos un modelo a seguir, un modelo para armar.

Recordemos que visibilizar es, siempre, un acto político, entre otras razones porque asume el gesto de la reivindicación y cuando alguien decide reivindicar es porque ha habido un silenciamiento que no ha permitido reconocer un valor o, en último caso, un derecho: la literatura se constituye, además, jurídicamente, porque la última palabra de la literatura es por la justicia o mejor: por la injusticia reinante en el mundo. Morales Mena nos dice con este análisis tan riguroso como frutivo que el ensayo es cosa seria en la historia social de América Latina y es en esta dimensión del discurso latinoamericano en la que se inserta, con justicia, el consistente estudio que faltaba escribir sobre la ensayística de Mario Vargas Llosa.

*Enrique Foffani*

Universidad de Buenos Aires  
Universidad Nacional  
de La Plata/ CONICET

**Javier Morales Mena. *La representación de la literatura en la ensayística de Mario Vargas Llosa*. Buenos Aires: Ediciones Katakay, 2019. 172 pp.**

Este libro viene auspiciado por el crítico literario inglés Gerald Martin, el biógrafo oficial de Mario Vargas Llosa, que en la contratapa lo califica como “un libro notable”.

El profesor Morales Mena argumenta que la crítica literaria no ha dedicado suficientes estudios a los ensayos literarios de Mario Vargas Llosa, género que el novelista perua-